

IN MEMORIAM

JOSÉ MARÍA ALBA CERECEDA, S.J.

Ha fallecido uno de los últimos jesuitas. Qué pocos quedaban con aquel espíritu que Ignacio había querido para su Compañía. Y uno de los más señeros marchó al encuentro de su Señor el 11 de enero de 2002, después de una vida llena de trabajos, de méritos, de amor. Siempre pensé que San Ignacio se debía parecer al P. Alba. Es lógico que invierta los términos, pues fue al P. Alba a quien conocí y no, evidentemente, a San Ignacio. Seco, enjuto, cetrino, agobiado de empresas y trabajos a mayor gloria de Dios, exigente, a los ojos de este catolicismo a la carta que hoy se lleva, sin duda exagerado... Sí, todo eso. Todo eso envuelto, adornado, llenado con una sonrisa especial. Todos los que le conocisteis —y tantos fueron, queridísimos Antonio, Manolo, Isabel, Jerusalén, Manolo y Ángela... Tantos... Tantos...— la recordaréis toda la vida. Cuando estaba a gusto, con aquellos que amaba y que le amaban, a veces sin que supiéramos por qué, brotaba en su rostro una sonrisa especial, ¿ingenua?, ¿infantil?, hermosa ciertamente, yo diría que casi de otro mundo, de un mundo en el que reinaba Dios, de ese mundo en el que él quería convertir éste para Dios. La sonrisa del P. Alba. Los que la hemos gozado no la olvidaremos nunca.

Pues a mí me parece que así debía ser San Ignacio. Y, estoy seguro, que como el P. Alba debían ser los jesuitas que quería San Ignacio. ¿Es imaginación mía lo del parecido físico? Tal vez. Uno tiende a encumbrar a los que ama. Pero había también otro parecido. Físico también. La sotana del P. Alba. Sí, lo he oído muchas veces. Lo que importa es el interior y no lo exterior. El hábito no hace al monje. Jesucristo no llevaba sotana ni fajín.

Cierto. Pero, desaparece la sotana y se muere la Compañía. ¿Casualidad? Tal vez. Sólo señalo la coincidencia.

Estoy utilizando estos días un *Who is who* de la Iglesia de España. Naturalmente, aún es importante en él la presencia de la Compañía. Y absolutamente mayoritaria la presencia de la secularización. Todos con corbata o descorbatados, salvo dos o tres especímenes extraños —el P. Pozo, el P. Valverde y no recuerdo si alguno más que constituyen una isla en el mar secularizado. El empecinamiento en ensotanarse de algunos jesuitas —mis queridos PP. Caballero, Rafael Ceñal, Agustín Arredondo, Parente— no era añoranza de tiempos pasados y mejores, que también, era sobre todo protesta ante el suicidio de la Compañía de Jesús. La sotana del P. Alba. ¿Será una de las últimas que veamos? Tal vez. Porque habrá sido, también, uno de los últimos jesuitas que hayamos conocido. Porque no son hijos de Ignacio quienes niegan dogmas de la Iglesia, los que desobedecen y menosprecian al Papa a pesar del cuarto voto, viven aseglarados y se resisten a una reforma que no es ya conveniente, es imprescindible si se quiere evitar la muerte de la Compañía.

La sotana del P. Alba. En campamentos, en el Camino de Santiago, en toda su vida de constante apostolado. ¿Cómo extrañar que sus hijos sacerdotes, sus ya numerosos hijos sacerdotes, paseen con santo orgullo la sotana por las calles de Barcelona o por los pueblos de Cuenca? Y hasta por las sierras del Perú.

Qué despropósito. La Compañía de Jesús muriendo por falta de vocaciones y convencidos jesuitas, excelentes jesuitas, santos jesuitas —Morales, Molina, Bidagor, Rafael Cenal, Alba...— llenando de vocaciones otros lugares. Y, muchos de ellos, con una evidente impronta ignaciana. Hasta el punto de que hoy bien podríamos decir que los mejores jesuitas, que los verdaderos jesuitas, están fuera de la Compañía.

José María Alba Cereceda era un santanderino —Vargas, 1924—, que muy joven llegó a Cataluña. Y catalán fue. Catalán españolísimo. Como habían sido siempre los catalanes hasta que un extraño fenómeno, algo superior en el tiempo al vasco, falseó la historia catalana. Si hasta la muerte amó a la Compañía ignaciana, sin la que no se podría entender a su persona, su español-

lismo, cierto y militante, no era contra, sino desde, un entendimiento y un amor a Cataluña. El *Violai*, el *Himno de perseverancia* no eran un añadido folklórico de su gente. Les brotaba de lo más hondo de su alma catalana. Aquella triste tarde en Sentmenat, aquella hermosa tarde, el canto hizo vibrar, en catalán, los pesados muros de la vieja iglesia. Y allí estaba la Cataluña católica. O lo que queda de ella. No diré nombres, pues mi lejanía espacial, que no en el afecto, hacía que no pudiera reconocer a quienes, de seguro, merecían ser reconocidos. Pero allí estaban desde el viejo carlista —mi entrañable amigo de tantas conversaciones en Congresos de la Ciudad Católica o en el acogedor museo de su casa, siempre atendidos por tu encantadora mujer—, hasta esa institución intelectual y apostólica, que recoge, conserva y difunde, desde su persona, el ímpetu religioso del P. Orlendis. O la memoria histórica de la Obra de los Ejercicios. O los frutos de lo que sembró Mosén Martíà Brunsó...

Sentmenat fue aquella tarde el corazón de la Cataluña católica. Y allí, en un nicho de su cementerio, quedó guardado el despojo mortal —la parte principal volóse al cielo—, de uno de sus últimos testigos. Hablaré de aquella tarde, de aquella triste y hermosa tarde. Pero antes conviene reducir, siquiera a unas líneas, aunque imposible parezca, la inmensa tarea terrenal de José María Alba Cereceda, sacerdote de Jesucristo, hijo de San Ignacio.

¿Por qué empezar? Yo lo tengo claro. Por la Unión Seglar. Cuando todo se desmoronaba, él ideó un reducto que mantuviera la fe y los ideales. La *pusilla grex*. Yo incluso llegué a pensar, desde mi frivolidad, en aquella perdida aldea de la Galia en la que unos seres extraños, inasequibles a los cantos de sirena y a la fuerza del poder, resistían a César y derrotaban a sus legiones. Nunca llegué a decirselo porque, tan reacio él a perder el tiempo, tal vez no tuviera una idea muy clara de quién era Asterix. Y Panoramix le parecería un ministro de una falsa religión. Bromas aparte, la Unión Seglar es, para mí, el logro genial del P. Alba. De ahí salió todo. Las vocaciones, las revistas, el Colegio, los cenáculos, los misioneros y las misiones... Todo. Por pura bondad del P. Alba tuve la suerte de vivir, de convivir, la experiencia. Hablé en cenáculos, celebré aniversarios, comí en esas encantadoras

confraternizaciones en las que lo de menos era la comida, aunque supiera tan bien, asistí con profunda emoción compartida a la imposición de manos sobre nuestros sacerdotes, pasé con mi mujer y mis hijos ratos inolvidables en La Peraleja —queridos Antonio y Manolo— y con mi mujer en Cañete —queridos Jesús y José María—, rezamos juntos, nos sentimos hermanos... Algunos de mis mejores amigos nacieron en ese ambiente. Aun recuerdo, Pilar, aquel abrazo aquella triste tarde. Estabas segura, estábamos seguros, de que así como nos abrazábamos nosotros, con lágrimas en los ojos, se habían ya abrazado ellos, en la gloria del Padre, sonrientes, con la enorme alegría del cielo. Pedro Bouissy ya se fue. Y otros más. Recuerdo a los padres de Ángela, a una de aquellas dos que yo creía hermanas pero que no lo eran, aun vive la más apagadita, que me querían tanto que compraban mis libros con devoción aunque posiblemente ni los entendieran. Pues de ellos es el Reino de los Cielos. De ellos, sin duda. Ojalá también pueda serlo de nosotros, por la misericordia de Dios, aunque tantos méritos hagamos en contrario. Antonio, Manolo, todos los Misioneros... Qué os voy a decir. Estuve en vuestras ordenaciones. Besé vuestras manos consagradas. El último, Olmos, ordenación tan deseada por todos y por el Padre, que aun puedo conocer y celebrar. Los presagios aquel día en Tarancón eran tan negros como la nevada que os esperaba en el regreso. O, mejor, tan blancos. Como la nieve. Como la túnica inconsútil de Cristo. Como la esperanza del Cielo. Isabel, Jerusalén... Qué voy a deciros. Sabéis lo que os quiero. Vuestro fundador se fue a pedir por vosotras, por vuestras vocaciones, por las Misioneras, al Cielo. Allí lo vais a tener siempre. Sedle fieles en la muerte como se lo fuisteis en vida y Dios os lo pagará con el ciento por uno.

Familia Argerich, qué os voy a decir. Si sabéis que sois como mi familia. Manolo, Ángela, Antonio María, futuro sacerdote, si Dios quiere, del P. Alba, "mi amigo", y el tercero que no me acuerdo como se llama, Fernando y Reyes, José Fernando y Carmen..., tantos... Los que me saludabais y yo disimulaba no recordaros, los que os reconocía pero no me acordaba de vuestros nombres —la edad no perdona—, los amigos de ya tantos

años... Esa gran familia de la Unión Seglar, cuna de mil niños que han nacido, de vocaciones, masculinas y femeninas sin cuento, de hogares cristianos, de hogares amigos... Esa fue, a mi entender, la gran obra del P. Alba. La verdadera *Opus Dei*, Obra de Dios, del P. Alba. No voy a decir que Él se lo pague. Se lo ha pagado ya sin duda alguna.

Y como consecuencia de la Unión Seglar, tantas actividades... Los campamentos de verano que os enganchaban a la juventud, los cenáculos mensuales, la Adoración Nocturna, los Ejercicios Espirituales, las peregrinaciones, el camino de Santiago... Sí, se puede hacer hoy todo eso. Sólo basta quererlo y encomendárselo a Dios. Que, una vez más, paga con el ciento por uno. En la tierra como en el cielo. He hablado de matrimonios, familias, niños... ¿Cuántas vocaciones han cuajado gracias al P. Alba? En estos días de sequía de vocaciones femeninas el P. Alba ha llenado Carmelos y ha dado miembros a otras familias religiosas. Y tengo que mencionar aquí, porque las encuentro siempre en sus conmemoraciones y las conocí por el P. Alba, a las Misioneras de las Doctrinas Rurales. Con Lourdes Werner ya se encontró en el Cielo.

Los Misioneros de Cristo Rey y las Misioneras de Cristo Rey. Os conozco a todos. Y a todas. Falta aquí. ¡Qué inmensa falta! Pero pesa allí. ¡Qué inmenso peso! Sed fieles y notaréis, sin duda, su valimiento.

El ejemplo es contagioso. Y las Uniones Seglares se multiplicaron. Baleares, Castellón, Pamplona, Madrid... Todas tienen en él ejemplo y acicate. Vi de lejos, en la multitud del funeral, al presidente de la Balcar. Vi en la concelebración y abracé en el cementerio al factótum de la navarra y alma de tantas cosas, entre ellas la revista *Siempre p' adelante*, José Ignacio Dallo. Los dos sabían demasiado de incomprendiones y miserias humanas eclesiásticas. Pero también de afectos y ánimos en su heroica labor de resistencia.

Su Colegio de Sentmenat es, sin duda, su logro más espectacular a los ojos del mundo. Entrar allí es como subir al Tabor. Todo es hermoso, todo es santo, todo es fe, todo es esperanza. De días mejores para Dios y para España. Parecía locura, sin

medios económicos, pero ahí está. Y estará más. Porque las ilusiones del P. Alba son mandato imperativo para sus hijos. Allí veremos la residencia sacerdotal para sacerdotes ancianos —la soledad final de monseñor Guerra, de la que fue piadoso Cirineo o caritativo Samaritano, le tocó los hondones del alma— y un centro de la resurrección católica de Cataluña.

Sus queridas revistas *Ave María* y *Meridiano Católico* fueron instrumentos de evangelización en las regiones más secularizadas de España. La Adoración Nocturna, de la que fue incansable propagador, elevó a Cristo Eucaristía millones de plegarias de reparación e impetración. Y los Ejercicios Espirituales —fue jesuita hasta su muerte—, llevaron a Dios o mantuvieron en el amor a Dios, a miles de catalanes y catalanas. Soy testigo, los he conocido, de numerosas conversiones.

Tenía un especial carisma con la juventud. La enganchaba con cosas que la mayoría de los clérigos, sus hermanos, juzgaban absolutamente periclitadas. Con lo que, lo único que se demostraba, era lo equivocados que estaban sus colegas. Y los enganchaba de un modo tal. Como padres de familias numerosas, como sacerdotes o religiosos. Irradiando apostolado.

Estoy escribiendo estas líneas para la revista *Verbo*, órgano de la "Ciudad Católica". Y no puedo, desde ellas, dejar de agradecer la sintonía de pensamiento que siempre nos manifestó. Nuestros Congresos en Barcelona se llenaban con la gente del P. Alba. Y él estaba siempre presente, presidiendo actos religiosos o manifestándonos con su presencia y su cariño la identidad de voluntades y esperanzas en la reconquista de una sociedad católica.

Y las estoy escribiendo, con lágrimas en los ojos, desde mi afecto personal. Nunca podré agradecerle toda la delicadeza, todo el cariño, que tantas veces me demostró. A mí y a mi familia. Sabía que me quería y estoy seguro de que sabía que le quería. Yo, que tantas gracias tengo que dar a Dios por las extraordinarias personas que quiso cruzar en mi camino, bien puedo decir que una de las más notables, de las más gratificantes, de las más extraordinarias, fue José María Alba Cereceda, de la Compañía de Jesús.

En Sentmenat, una hermosa tarde invernal, le despedimos de este mundo. Primero en su Colegio de la Inmaculada y, después, en la iglesia del pueblo para llevarle al cementerio de la localidad. Los ojos estaban nublados de lágrimas pero el alma vencía la congoja de la separación. Sabíamos, estábamos seguros, de que nos esperaba en el Cielo. De que nos ayudaría desde el Cielo. Nunca la parroquia de Sentmenat acogió tanta gente. No cabía un alma más. Nunca se congregaron en el presbiterio tantos sacerdotes. Y no era una iglesia de Barcelona, a la que se podía llegar en metro o autobús. Había que hacer un viaje. Ante aquel acto impresionante vinieron a mi memoria las últimas palabras de un artículo que Eugenio Montes escribió con motivo de la muerte del canciller austriaco Dollfuss: "Murió en olor de multitud, como los héroes. Y en olor de santidad, como los santos".

Así, en olor de multitudes, en olor de santidad, le dijimos adiós. Pero no se notaba su ausencia. Todos sabíamos que estaba con nosotros. Más que nunca con nosotros.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA